

La Vocación Cristiana

Prof. Sergio Adrián Fritzler



IGLESIA LUTERANA
Sínodo de Misuri

Ayuda Humanitaria

La Vocación Cristiana

PROF. SERGIO ADRIÁN FRITZLER



The Lutheran Church—Missouri Synod
1333 S. Kirkwood Road, St. Louis, Missouri 63122-7295
888-THE LCMS (843-5267) • lcms.org

“En Cristo por la fe, en el prójimo por el amor” (Lutero)

Introducción

“**P**ero cada uno como el Señor le repartió, y como Dios llamó a cada uno, así haga... Cada uno en el estado en que fue llamado, en él se quede.” (1 Co 7.17, 20).

La vocación cristiana trata sobre lo que es la vida de fe. La palabra “vocación” significa literalmente “llamado” (del latín: *vocatio*; en alemán: *Beruf*; en griego: *klesis*). Antes del tiempo de Lutero, el término se aplicaba sólo a las personas que tenían una “vocación religiosa”, llamadas a ser sacerdotes o monjes. Aunque han pasado varios siglos aún hoy se restringe el uso del concepto hacia las órdenes religiosas; basta “googlear” la palabra “vocación” y la mayoría de las páginas web que aparecen son de éste carácter. Pero también, en las últimas décadas el término se ha usado en el ámbito educativo en la “orientación vocacional”, asociándolo a la “profesión” o “carrera” para aconsejar a los jóvenes en las ofertas del mercado, como un medio para que hagan dinero o tengan un determinado status profesional en la sociedad.

La vocación cristiana es inicialmente el llamado de Dios por la fe a la comunión con Él. En este llamado está implícita la antropología bíblica (Ro 3.10, 23), como marco de fondo en el cual el ser humano es incapaz de poder hacer algo para su salvación, por lo tanto es sólo receptor de la misericordia de Dios (Ef 2.8-9). La postura bíblica es que el ser humano fue tomado del polvo, y, aunque fue creado perfecto, el pecado afectó todas las facultades propias de esta perfección que tenía en su primer estado, por eso la mejor imagen sigue siendo la materia prima de la cual el Señor lo formó: simplemente polvo (Sal 103.14; Ecl 3.20). Decían los padres de la iglesia: *Inter faeces et urinas nascimur* (entre heces y orina nacemos); de hecho, desde el punto de vista biológico, el ser humano está entre las especies que al nacer, presenta las más frágiles condiciones de supervivencia, necesita indefectiblemente de otras personas.

Dios, en su infinita gracia, llega al ser humano por medios externos (Palabra y Sacramentos) para crear la fe y darle el perdón, la vida y la salvación. “No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú” (Is 43.1b; cf. 41.9; 42.6, 7). Dios llama a la persona por su nombre en la pila bautismal (por eso el “nombre de pila”) y la integra a la realidad

¹ Frase atribuida a San Agustín.

de la salvación en Cristo. Este llamado a la fe es un llamado bautismal, por lo tanto la vocación cristiana es esencialmente bautismal, en fe y en amor. El creyente vive en la fe bautismal y bajo el amor en su vocación para con el prójimo. Todo lo que hace es bajo esta perspectiva. La vida cristiana es una vocación (llamado) bautismal.

Este doble direccionamiento proviene del mismo mandato de Dios: “Amarás al Señor tu **Dios** con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu **prójimo** como a ti mismo.” (Lc 10.27). John Pless llama a esta realidad “bi-vocacional” (p. 7), que trata de dos llamados: el llamado a la fe por medio del Evangelio y el llamado al amor para el servicio al prójimo. Lutero afirma: “el cristiano no vive en sí mismo, sino en Cristo y el prójimo; en Cristo por la fe, en el prójimo por el amor. Por la fe sale el cristiano de sí mismo y va a Dios; de Dios descende el cristiano al prójimo por el amor. Pero siempre permanece en Dios y en el amor divino” (OL 1:167). En palabras de Wingren: “El cristiano vive en un relacionamiento simultáneo entre Dios y el prójimo, entre el cielo y la tierra” (p. 68), “entre la vida de este mundo y la vida eterna” (p. 54).

1- En Cristo por la fe.

La vocación cristiana se trata del llamado por el evangelio a la fe en Cristo para la vida cristiana, la cual nunca es estática, sino que es realmente dinámica. **El llamado a la fe es por medio de la Palabra de Dios** (Predicación y Sacramentos). Esta Palabra es totalmente eficaz, es una Palabra viva, creadora, poderosa, dinámica y transformadora (He 4.12), porque es una Palabra llena del Espíritu Santo, como dice Isaías 55.11 “así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié.” Esta Palabra sale de la boca de Dios y no regresa sin producir los frutos que Él desea.

La palabra humana no dice ni hace lo mismo que la Palabra de Dios, es totalmente contraria. Es una palabra de “abajo”, mientras que la Palabra de Dios es “de arriba” (revelada). La palabra humana es meramente descriptiva, describe o cuenta sobre cosas que ya existen

o llega por la imaginación a inventar cosas no reales. En cambio, la Palabra de Dios es preformativa², hace lo que dice (Just, p. 87-88). La Palabra de Dios llama a la existencia cosas que todavía no existen, de la nada (*ex nihilo*). Dios habla y existe, “Y **dijo** Dios: Sea la luz; y **fue** la luz” (Gn 1.3), su Palabra es activa, productiva y efectivamente da vida por medio de Cristo, “Tú tienes **palabras de vida** eterna” (Jn 6.68; Cf. Col 1.16b “todo fue creado **por medio** de él y **para** él.”).

La Palabra del Evangelio “es poder de Dios” (Ro 1.16), sale y recoge, atrae y dispersa. Atrae a las personas a Sí mismo, alrededor de su Palabra y Sacramento, y luego las desparrama (las envía) al mundo, donde se entregan los frutos misericordiosos de esta Palabra al prójimo. “Esto es el ritmo de la vida cristiana: para adentro y para afuera. Atrae y junta, y luego envía y dispersa” (Preus³). Un llamado doble: hacia Cristo, por el evangelio y hacia afuera, en la vocación al prójimo.

El llamado es por el Evangelio que atrae a las personas a Cristo y por el bautismo Dios las reúne con los creyentes en su rebaño, las llama por su nombre y las hace un pueblo especial (1 Pe 2.9). Así lo afirma la explicación de Lutero del tercer artículo del Credo Apostólico: El “Espíritu Santo... llama, congrega, ilumina, santifica a toda la cristiandad en la tierra, y la conserva en Jesucristo en la única verdadera fe...” (Cm).

El Evangelio afecta todos los aspectos de la vida de la persona; a pesar de la realidad del pecado que todo lo corrompe, la Palabra de Dios efectúa la nueva creación (Gá 6.15), dando vida a lo que antes estaba muerto (Ez 37.4-10). El bautismo incorpora al cristiano a Cristo, como lo afirma el apóstol Pablo: “somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo...” (Ro 6.4). “En un sentido específico, comenzamos a perder la identidad propia” (Preus), es decir, el creyente

² La noción de lo performativo o preformativo surge por primera vez en la obra del filósofo inglés del lenguaje J. L. Austin, que sugirió que existen dos tipos de lenguaje: el descriptivo (o constativo) y el performativo. El performativo es el lenguaje que ejecuta acciones (“Que se haga la luz”); verifica afirmaciones (“Es cierto, ha muerto”); y hace realidad una promesa (el “sí quiero” de las bodas).

³ Apuntes tomados de la presentación del Dr. Jack Preus III sobre el tema Vocación Cristiana, en el Foro de Uruguay, el sábado 28 de marzo de 2015.

se ve a sí mismo a partir de la realidad de Cristo: unidos a su cuerpo (Ro 12.5; Ef 4.4), con su mismo sentir (Fil 2.5); viviendo en Él y Él en los creyentes (Ro 6.11; Gá 2.20); participando en la vida del resucitado (Col 2.12); etc.

El Evangelio llama al ser humano de una manera única y lo incorpora a la vida de Cristo, para vivir por la fe en Él en una real transformación. La Palabra de Dios no afecta sólo a una parte del ser humano, no modifica algo y el resto queda igual, sino que afecta a toda la persona, no hay nada que no esté ahora bajo la acción de Cristo. La vieja manera de pensar queda atrás, “la transforma todo” porque es la obra de Dios, la creación en Cristo Jesús. (Wingren, p. 245).

2- En el prójimo por el amor.

La segunda acción del Evangelio en la vocación bautismal es el llamado hacia el prójimo (hacia afuera), es el envío de Dios por la vocación en amor hacia el prójimo. Primero llama hacia sí mismo reuniendo a las personas por medio de la Predicación y los Sacramentos, y luego empuja al creyente hacia afuera, hacia el mundo para “... anunciar las virtudes de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pe 2.9). Este es el ritmo de la vida cristiana, como la respiración, hacia adentro y hacia afuera, una fuerza centrípeta y luego centrífuga.

Dios no pide obras para su servicio, ya que el Evangelio no demanda nada del ser humano, (no es su tema sino el objeto), la obra que demandó fue la de Cristo (Preus). El Evangelio en su poder, no sólo da vida a lo que estaba muerto, sino que también moviliza hacia el prójimo necesitado en la vida vocacional; es en este sentido que se habla del Evangelio como un envío, en que moviliza lo que estaba inerte en el mundo al llevar los frutos del Evangelio en la vocación diaria. “Dios no nos ha dado el Evangelio para conversar entre nosotros mismos, sino para que sea dado a otros. A los que él llama, los envía al mundo en sus vocaciones.” (Preus).

Afirma categóricamente Preus: “Los cristianos son personas de adentro hacia afuera”. Así también lo dice Lutero: “el cristiano no vive para sí mismo” (si vive en sí mismo no es un cristiano).

Son las dos maneras que vive el cristiano: en fe y en amor. En fe, el cristiano asciende por encima de sí mismo hacia Dios, y en amor, desciende por debajo de sí mismo hacia el prójimo. El cristiano siempre vive fuera de sí mismo: vive en Dios y vive en su prójimo. Si vive en sí mismo no es un cristiano. Vivir en sí mismo es la forma antigua, que ya ha pasado; ahora está lo nuevo, el vivir desde sí mismo hacia afuera. (Preus)

La vocación cristiana en el amor al prójimo es la respuesta adecuada a este Dios que trata con misericordia a la persona. Esta respuesta que se llama “servicio” (diaconía), no se trata de algo coercitivo sino que es de manera libre, esto es porque nuestras obras no tienen mérito delante de Dios, ya que se trata de la fe, no por las acciones. Algunos piensan que si hacen buenas obras esto obliga a Dios a acercarse a ellos. Si se piensa que las buenas obras tienen algún mérito entonces se destruye totalmente la dimensión de la gracia en la salvación de Cristo. La redención trata de Dios en su disposición de gracia hacia el ser humano por medio de la obra de Jesucristo. Por la fe, el ser humano sólo es recipiente de su favor.

La enseñanza bíblica de la salvación por gracia por medio de la fe (Ef 2.8), con las partículas excluyentes⁴ “sin” mérito, “sin” obras, y “sin” la ley, da al creyente una libertad que desconocía antes. Lo libera fundamentalmente de la necesidad de justificarse, ya que todo ha sido hecho por Cristo en su obra, y no hay nada que pueda hacer, es sólo recibir. El papel de Dios es dar y da todo: PERDÓN, VIDA y SALVACIÓN; y lo hace por medio del bautismo, la absolución, la predicación del Evangelio, la Santa Cena y la consolación mutua (AE III, Sobre la confesión,). En el plano de la salvación el ser humano es total y solamente pasivo; en el amor, es activo y dador, se vive para el prójimo a través del amor.

“Aunque las buenas obras son vergonzosas a la luz de lo que Cristo ha hecho por el ser humano, éstas son relevantes y necesarias frente a las necesidades del prójimo.” (Preus). El cristiano se entrega a sí mismo a otros por amor, da y se ofrenda sin reservas. Esto provoca una segunda clase de libertad, el servicio en amor al prójimo. Las buenas obras no son para sí mismos, sino que están en el marco de la libertad para darlas y servir a otros:

⁴ “Estas partículas son las siguientes: «De gracia», «sin mérito», «sin la ley», «sin obras», «no por obras». Todas estas expresiones significan una y la misma cosa: Que somos justificados y salvos sólo por medio de la fe en Cristo (Ef. 2:8; Ro. 1:17; 3:24; 4:3 y sigtes.; Gá. 3:11; He. 11).” FC Ep II:10, p. 509.

Dios no necesita las buenas obras, Dios ya tiene la perfecta obra de Cristo y está satisfecho. Tampoco el ser humano necesita de las buenas obras para agradar a Dios; entonces si el ser humano no necesita y tampoco Dios, se tiene la libertad de regalarlas porque sí lo necesitan los prójimos en sus necesidades. (Preus)

En el Catecismo Menor se coloca en la última parte la vocación del creyente en el mundo; primero, menciona las oraciones en el ritmo de la vida cotidiana, y luego, los oficios (La Tabla de deberes), definiendo claramente las vocaciones generales en el mundo, moviendo "...a la comunidad creada a vivir a la luz de su *usus practicus evangelii*." (Prunzel, p. 32, 34).

Dios obra a través de las buenas obras, en los oficios del ser humano; es su obra creacional la que continúa presente en las vocaciones humanas.

Somos sus manos, somos obreros, Dios da sus dones para ser desarrollados en las vocaciones. De esta manera el amor que proviene de Dios es dado a las personas en las vocaciones. Los cristianos son el canal del amor de Dios al mundo por las buenas obras. Entonces, una buena obra, es Dios trabajando en los seres humanos por sus máscaras. Pareciera que es el cristiano quien obra, pero en realidad es la obra de Dios. Esto solamente se puede ver por la fe. Es la Palabra de Dios la que nos coloca en esta dimensión por la fe. La Palabra de Dios nos define a nosotros. Nuestras apreciaciones no son muy confiables por causa de nuestro pecado. Si queremos saber cómo son las cosas de verdad tenemos que cerrar la voz a la evidencia de los sentidos y abrir los oídos a la Palabra de Dios. Solamente por la fe podemos conocer nuestra condición real. Solamente por la fe podemos ver que las buenas obras son de Dios. Solamente por la fe podemos ver a Cristo en el prójimo. Entonces la fe es necesaria para poder discernir que una buena obra es en realidad una obra de Dios, siendo que permanece escondida detrás de la máscara humana. (Preus).

Hay un dicho que dice "primero en casa", así también es la vocación cristiana, primero en la casa donde el Señor los ha constituido como familia, ejerciendo el rol de ser padres e hijos. Luego viene la segunda familia, la de la fe (Gá 6.10), la congregación o el cuerpo eclesiástico. Y finalmente, el amor al prójimo es a todo aquel que rodea al cristiano, el próximo (sin importar su fe).

3- Las tres instituciones o estados.

La vocación cristiana conecta lo esencial del ser humano con lo más visible y encarnado. Es otra manera de obrar de Dios en el mundo. Dios hizo la creación con fines de redentores y su creación no es sólo el inicio del mundo, sino que continúa su obra creadora; para esto, instituyó tres oficios o estados, como un marco donde el cristiano vive y sirve como máscara en la creación continua de Dios: ministerio de la Palabra (eclesiástico), la familia (económico) y las autoridades civiles (político).

Lutero coloca los cimientos de una teología vocacional en el escrito “Confesión acerca de la Santa Cena de Cristo” de 1528 (OL 5:369-536). Tras criticar el monasticismo como medio para recibir la salvación, contrasta las órdenes ideadas por el ser humano con las instituidas por Dios: “Pero las santas órdenes y verdaderas fundaciones instituidas por Dios son estas tres, a saber: **el oficio de sacerdote, el estado del matrimonio y la autoridad secular**” (OL 5:531).

La primera, se trata del Oficio Público de la Palabra:

Todos los que se encuentran en la función de pastores o en el servicio de la Palabra están en una orden o en un estado santo, recto, bueno y agradable a Dios como los que predicán, administran los sacramentos, dirigen el tesoro común, además sacristanes y mensajeros o criados que sirven a tales personas. Todas estas son obras santas ante Dios. (OL 5:531)

Dios ha instituido el Oficio del Ministerio para entregar los dones de Cristo por su muerte y resurrección, a través de la predicación de la Palabra y administración de los Sacramentos (Mt 10.1-15; 28.18-20; Mr 16.15-16; Lc 9.1-6; 10.1-24; 24.45-49; Jn 20.21-23; 21.15-17; Hch 20.28; Cf. CA V, XIV, XXVIII). Este estado incluye a los auxilian en el ministerio. Cristo se coloca a sí mismo en el Evangelio y en los Sacramentos para el perdón de los pecados. “Si quieres tener a Dios, entonces busca donde Él reside y dónde Él quiere ser encontrado” (LW 23:121).

La segunda, se trata del Estado de la Familia:

De manera que quien es padre o madre y administra bien su casa y educa a sus hijos para servir a Dios, está también en el santuario, obra santa y orden sagrado. Lo mismo, donde hijos o servicio doméstico son obedientes a sus padres o amos, ahí reina pura santidad y quien se encuentra entre ellos es un santo viviente en la tierra. (OL 5:531).

El segundo estado es el familiar que trata de las relaciones de la casa, padre, madre e hijos, etc. Lutero tuvo en cuenta lo que expresa la

palabra griega *oikonomia*, en referencia a la gestión y la regulación de los recursos de la familia. Dios instituyó el matrimonio como su fundamento y es un regalo de inmenso valor (Gn 2.22; cf. 2.24) y colocó una protección en los mandamientos (Ex 20.14). Todas las relaciones en la vida provienen de este fundacional estado y principalmente del núcleo, que es el matrimonio.

El matrimonio anticipa la unión permanente y definitiva de Cristo con su esposa, la iglesia; siendo una prostituta, la escoge por amor, se entrega completamente a ella, la viste con las mejores ropas y da su vida pagando un rescate por ella para purificarla y hacerla santa e inmaculada. Así “como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor” (1 Pe 3.6), así también la iglesia llama a Cristo “Señor” y le obedece en amor.

La tercera, se trata del Estado Civil:

Igualmente los príncipes o señores, jueces, alcaldes, canceleros, escribientes, criados, sirvientes y todos los que sirven a tales personas, además todos los que están sujetos y obedientes, todo esto es mera santidad y vida santa ante Dios, puesto que estas tres instituciones u órdenes están fundamentadas en la palabra y en los mandamientos de Dios. Pero lo que se basa en la palabra de Dios debe ser cosa santa, puesto que ella es santa y santifica cuanto está conectado con ella y comprendido en ella. (OL 5:531).

El estado político, tiene que ver con todas las relaciones de la vida en sociedad. Los gobernantes y los ciudadanos, los empleadores y empleados, etc. Toda autoridad es puesta por Dios (Ro 13.1). El ejercicio de la autoridad, según las Escrituras es el de ser siervos para la conservación y para el castigo al mal. Se trata del reino de la izquierda que encuentra su origen divino en el análisis del primer artículo del Credo, sobre la creación. Fue Dios quien hizo al mundo y lo preserva. Dios habiendo creado al mundo no se apartó despreocupado con su creación sino que está constante y activamente manteniendo y sustentándolo, dirigiendo y gobernándolo.

Aunque las acciones humanas en el reino de la izquierda no sean perfectas, ellas cumplen el propósito de Dios. La acción social de la persona humana a favor del prójimo es indispensable para la existencia de la humanidad. (Warth, p. 42).

Estos tres estados divinos son la continua creación de Dios (*creatio continua*) en el mundo por medio de Cristo, en fe para con Dios y en amor para con el prójimo.

Los oficios que las personas ocupan pueden ser diferentes y a la vez

simultáneos: padre, juez, maestro, y pastor, o madre y enfermera, como sea, pero el propósito siempre es el mismo: el cuidado de Dios para con los seres humanos. Cuando el ser humano ocupa su vocación es un instrumento en las manos de Dios. Para esto, Lutero ocupa la analogía que el ser humano es la “máscara de Dios” (larva Dei) en el mundo. Aunque parezca que lo bueno que se hace a otros provenga de sí mismo, en realidad proviene de Dios; por eso es que Lutero los llama “máscaras de Dios”. Dios hace su obra a través de la “máscara” del ser humano, “oculto” o detrás de las personas, independientemente si se trata de una persona creyente o de un incrédulo, ambos sirven a Dios para hacer su obra en el mundo. (Wingren, p. 146).

El concepto del ser humano como “máscara” depende de la creación continua de Dios, es la obra creativa de Dios o su creación continua conectada a la vocación cristiana. “Es encarnacional, en el sentido que el amor de Dios se encarna en las actividades de los que viven en el amor de Cristo.” (Preus). Es decir, la fe actúa en el amor, y donde está el amor hay libertad la que está determinada por la necesidad del prójimo, “estas obras son siempre nuevas y cambiantes” (Wingren, p. 56).

Las Confesiones Luteranas se refieren a la vocación cristiana relacionada con el amor al prójimo, en el marco del conflicto del papel de las buenas obras en la salvación, bajo las tres instituciones de Dios recién analizadas, con el fin de cumplir el mandamiento del amor:

- “Por otro lado, otras buenas obras necesarias se consideraban como profanas y no espirituales, es decir, las obras que cada cual **está obligado a desempeñar según su vocación**: por ejemplo, que el padre de familia trabaje para sostener a su esposa e hijos y educarlos en el temor de Dios, que la madre tenga hijos y los cuide, que un príncipe y los magistrados gobiernen un país, etc.” (CA XXVI:9, p. 45).
- “Pues **la perfección cristiana** consiste en temer a Dios de corazón y con sinceridad, y no obstante tener una íntima confianza y fe de que por causa de Cristo tenemos un Dios lleno de gracia y de misericordia, que podemos y debemos pedir a Dios lo que nos hace falta y esperar confiadamente de él ayuda en toda tribulación, cada uno de acuerdo con su vocación y condición. **Consiste también en que realicemos buenas obras diligentemente y en que atendamos a nuestro oficio.**” (CA XXVII:48, p. 52)
- “Lo mismo pensamos que cada buena obra en particular, así en **las vocaciones más humildes como en la vida privada**. Por medio de ellas, Cristo vence a diablo” (Apol IV:192, p. 109).

- “Pero nosotros hemos declarado muchas veces que el arrepentimiento debe llevar buenos frutos, y los mandamientos nos dicen de qué frutos se trata: invocación, acción de gracias, confesión del Evangelio, enseñanza del Evangelio, obediencia a los padres y magistrados, servicio de la vocación, no matar, no guardar rencor, perdonar, dar a los necesitados cuanto podamos de acuerdo con nuestros bienes, no andar con meretrices, no fornicar, contener, refrenar, castigar la carne no para compensar la pena eterna, sino para que no obedezca al diablo, para que no ofenda al Espíritu Santo, y también decir la verdad. **Estos frutos tienen mandamiento de Dios, y deben hacerse por la gloria y el mandamiento de Dios**, así como también tienen sus recompensas. Pero que no sean perdonadas las penas eternas sino por compensación de ciertas tradiciones o del purgatorio, esto no lo enseña la Escritura.” (Apol VII:174, p. 200)
- “...la perfección cristiana consiste en que crezca el temor de Dios, la confianza en la misericordia prometida en Cristo y el afán de vivir **conforme a nuestro llamado**” (Apol XXVII:27, p. 278).⁵

4- La Vocación Cristiana bajo la cruz de Cristo.

La teología de la cruz tiene una importancia vital en la doctrina de la vocación cristiana. “Es sencillo entender pero muy difícil comprender. El cristiano está incorporado a Cristo con todo su ser, su cruz y su resurrección.” (Preus). La cruz es fundamental para la plena incorporación a Cristo, ya que trata de la cruz que es provechosa para la salvación en la cual la fe es ejercida y mantenida (Wingren, p. 56).

En la iglesia muchas veces sólo se examina y presenta lo épico de la gesta del servicio para el prójimo y habitualmente se deja de lado la cruz, queriendo evitarla por naturaleza humana, como Pedro (Mt 16.22-24). Parece un camino demasiado difícil bajo la cruz, ya que se trata de una vida de sufrimiento y servicio igual que la misma vida de Cristo. Pero “la vocación tiene la marca de la cruz. El sufrimiento y la cruz de Cristo dan significado a nuestra vocación.” (Preus).

Los que son llamados a la vida en Cristo tienen riesgos, es el servir sobre buenos y malos y no preocuparnos por los resultados. Aunque algunos puedan percibir que el amor cristiano está derrochado sobre personas que no merecen nada porque pueden usar nuestras buenas obras para fines malos,

⁵ Cf. Apol XXVII:37, 50; Tr 48; AE II, III:1; etc.

donde este amor puede volvernors en forma de odio. Muchas personas se han aprovechado de los cristianos. Pero esto no es una excusa para no amar a las personas con nuestras buenas obras. En realidad, este es el patrón del amor cristiano, porque está dado de la misma manera en que Dios nos dio ese amor a nosotros, completamente sin reservas y sin expectativas de un retorno o de recibir algo a cambio. (Preus).

La vida cristiana bajo la vocación implica el sufrimiento, ya que se participa en la cruz de Cristo. Esta cruz es el mayor regalo de Dios para con el ser humano. La cruz viene al creyente sin que se la invoque, viene en la vocación. Es parte esencial de la vida cristiana, y está inseparablemente unida a la cruz de Cristo. Se vive bajo la cruz de Cristo, de esto se trata la vida cristiana. (Preus). En palabras de Wingren:

La tribulación es algo inexplicable a *la luz de la naturaleza*, o sea, a la luz del que no tiene fe, que no oyó el evangelio. A la luz de la gracia, ese misterio está resuelto: para la fe, tal sufrimiento constituye la *cruz*. La fe transforma lo amargo en bueno, porque la fe cambia el eje o centro de la tierra para el cielo. (p. 250).

Conclusión

El cristiano es bi-vocacional desde la perspectiva de la fe y del amor, y desde el amor al prójimo es multi-vocacional. La vida cristiana es inseparable de Cristo. Vivimos en Él por la fe, Él vive en el creyente por su amor. Hay un movimiento y un ritmo constante: todo lo que tiene que ver con la fe viene desde afuera hacia el cristiano pero a la vez aglutinando alrededor de Cristo en sus medios de gracia, y luego, el mismo Evangelio moviliza desde adentro hacia afuera desparramando a los creyentes en sus vocaciones. Esto se vive en un ritmo semanal: culto dominical (Servicio Divino) y seis de trabajo.

Frente a esta realidad, hay que reflexionar en lo que pasa en muchas congregaciones luteranas: ¡El movimiento es contrario! Se promueve casi como el único servicio a Dios el que se hace en la iglesia, y para esto hay una gama de grupos de trabajos (en algunos casos se llaman “ministerios”) en los cuales, cada creyente, según sus dones, sirve a Cristo y a los demás. Cuando se enseña sobre uso de los dones, se los ubica casi exclusivamente hacia el “liderazgo” de las personas en cualquier

área, como si no hubiera otras posibilidades, sólo las que la iglesia local estipule para el servicio.

John Pless llama la atención a este fenómeno y lo menciona trayendo el concepto dicotómico entre las órdenes monásticas y la vida ordinaria, como si el servicio especial que se hace en la iglesia es superior a aquel que se hace en la vida cotidiana. Pless llama a este fenómeno como neo-monasticismo (p. 7). Entonces, desde esta perspectiva, el creyente que hace evangelismo, o es miembro de un comité de la congregación, o canta en el coro, o lee en público las Escrituras, hace un servicio más alto o más espiritual que aquella madre que atiende a sus hijos en su casa, o aquel cristiano que trabaja con fidelidad en una fábrica de lunes a sábados. Este cuestionamiento no quita el servicio corporativo que la iglesia pueda hacer cubriendo y ayudando en las necesidades del prójimo en la organización de grupos. El servicio al prójimo no necesita de organizaciones, pero la ayuda corporativa en muchos casos es más significativa en la necesidad.

Un último aspecto sobre el ejercicio de la vocación cristiana: El contexto de este mundo se evidencia en la individualidad y una marca que muestra esta realidad, como “ícono de nuestros días es la *selfie*” (Preus), lo cual define a las personas y al mundo: es totalmente egocéntrico e individualista.

La vocación mira al prójimo y su amor por él dependerá de sus necesidades: “mi vocación comprende todas mis relaciones con los diferentes ‘prójimos’; en verdad, se puede decir que mi vocación consiste en esas relaciones.” (Wingren, p. 214-215).

Cuando Lutero dijo que los cristianos son pequeños “cristos” para su prójimo, estaba colocando la realidad de la vocación cristiana en amor al prójimo, es decir, cuando las personas ven a los creyentes en el mundo ven a Cristo. Esto es lo que significa ser cristiano, significa que el creyente vive como Él vivió, no para sí mismo sino para otros.

Referente al servicio al prójimo, Dios afirma “haz lo que te viniere a la mano” (1 S 10.7), “según tengamos oportunidad” (Gá 6.10), es decir, que se circunscribe al contexto y a las necesidades que emergen, contemplando las propias limitaciones humanas.

“Palabra fiel es ésta, y en estas cosas quiero que insistas con firmeza, para que **los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras**. Estas cosas son buenas y útiles a los hombres.” (Tit 3.8)

Pero de sus propias obras buenas, la conciencia también se ase (toma), y respecto de ellas sostiene, que **deben ser hechas gratuitamente**, sólo para el bien del prójimo y para la ejer-

citación del cuerpo, y de ninguna manera para proporcionar justicia, paz, satisfacción por los pecados y remisión; porque estas cosas, la conciencia las busca sólo en las obras de Cristo, y allí las halla en una fe constante, así como ve que Cristo ha cumplido gratuitamente sus obras, para bien nuestro y para el uso de su cuerpo según la voluntad de Dios. (*Lutero, Juicios sobre los votos monásticos*, p.134).

“He aquí la libertad verdadera, espiritual y cristiana que libra al corazón de todo pecado, mandamiento y ley; la libertad que supera a toda otra como los cielos superan la tierra.” (*Lutero, La Libertad cristiana*, p. 167).

Bibliografia:

- BENNE, R. (2007). *Ética Luterana: Temas perenes y desafios contemporâneos*. (C. Prunzel, Trad.) São Leopoldo, Brasil.
- DUCHROW, U. (1987). *Os Dois Reinos*. São Leopoldo: Sinodal.
- FORELL, G. W. (1995). *Fé ativa no amor*. Porto Alegre: Concórdia.
- JUST, Arthur (2008). *Heaven on Earth: The Gifts of Christ in the Divine Service*. Saint Louis: CPH.
- LUTERO, M. *Catecismo Menor*.
- LUTERO, M. (1971). Confesión acerca de la Santa Cena de Cristo. En M. LUTERO, *Obras de Martín Lutero* (Vol. V). Buenos Aires: El Escudo.
- LUTERO, M. (1967). La Libertad Cristiana. En M. LUTERO, *Obras de Martín Lutero* (Vol. I). Buenos Aires: El Escudo.
- LUTERO, M. (1974). Juicios sobre los votos monásticos. En: M. LUTERO, *Obras de Martín Lutero* (Vol. III). Buenos Aires: El Escudo.
- LUTHER, M. (1959). *Sermons on the Gospel of St. John* (Vol. XXIII). Saint Louis: CPH.
- PLESS, J. (2002). Vocation: Fruit of the Liturgy. In: LOGIA. *Vocation*. Volumen XI, Número 3.
- PREUS, J. (2015). *Christian Vocation*. Foro de Uruguay (Sin publicar). Apuntes.
- PRUNZEL, C. (2005). A arte de viver pela fé – A ética luterana em perspectiva. En: W. WACHHOLZ, *Identidade evangélico-luterana e ética*. São Leopoldo: Capes/EST.
- WARTH, M. C. (1995). Lutero e a Ação Social. *Igreja Luterana*, 1 (54), 38-51.
- WINGREN, G. (2006). *A vocação segundo Lutero*. Canoas: ULBRA.

SIEMPRE MISERICORDIA

